

# Vecinos y detectives en Belgrano

María Brandán Aráoz



Vecinos y detectives en Belgrano cuenta la primera aventura de Mauro, Diego, Adela y Fernando, cuando se conocieron.

Con un gran espíritu detectivesco, descubren algo extraño en una carnicería de su barrio. Cuando comienzan a unir datos, se encuentran frente a un caso de robo y realizan una arriesgada investigación.

*A mis hijas: María, Dolores y Magdalena de la Torre.  
A mis sobrinos: Sebastián, Joaquín e Inés Camerlingo,  
Agustina y Sonia McGough.*

# 1

## VECINOS

Como todos los días a las cinco de la tarde, Fernando camina apurado hacia la esquina. Y así, de espaldas, se despide con la mano en alto de sus compañeros de sexto.

El colegio Andersen es un caserón inmenso ubicado en el barrio de Belgrano. A Fernando le hace acordar a Bariloche, por sus techos de pizarra y los triángulos de madera que adornan los balconcitos. Pero mejor no pensar en Bariloche, donde vivió hasta el año pasado, porque si recuerda el cielo azul, las montañas, ese frío que corta las mejillas y todos sus amigos de allá, si los recuerda, entonces va a extrañar.

El colegio es lindo, tiene patio, jardín y muchos árboles. Además, ¡queda tan cerca de su nuevo departamento! Para ir y volver, sólo hay que caminar media cuadra, cruzar la calle Zabala y ya está. Fernando carga la mochila en un solo brazo y a paso rápido llega al edificio de ladrillos colorados y ventanas blancas donde ahora vive. Con la mano libre toca el segundo botón del portero eléctrico y con un cabezazo saluda a Ramón, el portero verdadero.

—¡Hola, Ramón! ¿Llegó Diego?

Diego y Fernando acostumbran andar en *skate* en la vereda, después de hacer los deberes. Esta vez Ramón niega con la cabeza, no puede dar el permiso para que su hijo salga.

—Diego vino antes porque faltó la maestra. Es queeee... no va a bajar, tiene que ayudar a la madre en casa —y, como para disculparse—: hoy fue un día bravo, llegaron nuevos inquilinos y el departamento no estaba en condiciones. Nos llaman a cada rato...

Fernando mira hacia arriba interesado. «¡Se ocupó el primero "C"! ¡Por fin!». Mientras Ramón protesta, él piensa. «¿Habrán chicos?». Por la ranura del portero eléctrico le llega la voz de su madre.

—¡Fernando! ¿Podés sacar el dedo del timbre, *por favor*? Te estoy abriendo —Ramón sigue protestando y Fernando ya no lo escucha. Mientras camina hacia el ascensor se pregunta una y otra vez cómo serán los nuevos vecinos.

La primavera alarga las horas; son las siete y todavía no oscurece. Los chicos cuchichean sentados en la escalera. Tienen poco tiempo para discutir las últimas novedades. Las madres respectivas insistieron antes de salir: «Vuelvan pronto, miren que hay que bañarse *antes de comer*». ¡El dichoso baño!

Diego refunfuña con la boca llena de alfajor. Es gordito, morocho y rozagante. Muy diferente de Fernando, flaco y pecoso, que mira desde abajo porque aún no pegó el estirón.

—No entiendo por qué me *obliga*. Soy yo el que se baña, no ella —comenta enfurecido Diego.

—El que *no se baña* dirás —ríe Fernando. Y para consolarlo—: No te preocupes, las madres son así, les gusta la limpieza y esas cosas. En casa pasa lo mismo. Pero yo inventé algo. Abro la ducha, me mojo el pelo, canto un rato y salgo cambiado. Nunca se da cuenta. Ahora contame: ¿quiénes son los vecinos del primero «C»? ¿Hay chicos de nuestra edad?

Diego suspira, lame a conciencia el papel del alfajor y sonrío sarcástico:

—*Una chica*. La anteojudá.

Fernando está desilusionado.

—¡Qué rabia! Toda la casa de personas grandes.

—No es una chica... común —aclara Diego, mirando con tristeza el papel limpio y brillante—, como mi hermana mayor, que se la pasa sin hacer nada. Ésta es una sabelotodo. Lo ayudé a papá a subir algunas cosas. Ella estaba en su cuarto rodeada de cajas y cajas. Todos eran *libros*. ¿Te imaginás? Cientos y cientos de LIBROS.

Fernando pega un silbidito. Apenas puede dar crédito a lo que oye.

—*Libros*, en cajas. ¿Para qué querrá tantos?

Diego se encoge de hombros.

—¡Y qué se yo! Para mí que los lee.

Los chicos se quedan un rato en silencio. Tanto esperar a que se ocupara el departamento vacío, para nada. El edificio viejo tiene inquilinos y propietarios, casi todos son personas mayores. Y no se puede hacer mucho ruido, y no se puede tener perros. Y lo peor, en toda la cuadra no hay chicos de su edad. Puros bebés o chiquititos. Nada de amigos. «Salvo Mauro», piensa Fernando. De repente los dos han coincidido y se miran más optimistas.

—Por lo menos enfrente está Mauro —dice Diego, y busca algo comestible en el bolsillo de su pantalón.

—Sí, ¿y cuándo lo dejan salir? El pobre se la pasa encerrado.

Por un momento, Fernando imagina a Mauro en su casona de la esquina, con un dormitorio para él solo, casi tan grande como el living de su departamento. ¡Seguro que está estudiando!

Mauro Fromm no tiene padres, vive con sus tíos. Unos tíos ya mayores, que lo adoran y lo cuidan tanto que apenas si lo dejan salir. Todo el día va a un colegio alemán y los fines de semana a una quinta o algo así. A veces los invita de contrabando a su cuarto. Pero no es lo mismo. Mejor es andar con el *skate* en la vereda.

El ruido del ascensor alerta a los chicos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos miran absortos los boto-

nes que encienden y apagan la luz colorada. El ascensor para en el primer piso. Alguien sube. Al llegar a la planta baja, las puertas se abren y una chica delgada los mira con cautela.

Diego codea a Fernando y susurra apurado:

—Es la anteojuda. La vecina nueva.

Una chica de anteojos, trenzas y pantalones. Menuda, frágil, pero decidida, cierra la puerta del ascensor y se dirige hada los chicos. En la mano derecha, hamaca una bolsa de compras.

—¿Me pueden decir dónde hay una carnicería cerca? —pregunta mandona.

Diego la mira serio, como si no entendiera.

—¿Una carnicería? —repite bobalicón—. ¡Ah, sí! Caminá hasta la esquina, después doblás a la izquierda y seguís dos cuadras. Cuando llegues a la plaza vas derechito media cuadra más. Es justo enfrente. Vas a ver una puertita que arriba dice «Zoilo».

La anteojuda agradece, se despide y sale. Muy derecha, muy aplomada, hamacando la bolsa.

Fernando la mira y después, atónito, a Diego:

—¿Te diste cuenta a dónde la mandaste? —pregunta sorprendido.

Diego sonrío feliz. Ha encontrado un caramelo pegado al fondo de su bolsillo y mientras lo chupa explica con voz gangosa:

—Sí. A lo del *Carnicero Loco*. ¡Vamos a ver cómo se las arregla!

Y sin poder contenerse, los dos empiezan a reír a carcajadas.

## 2

## EL «CARNICERO LOCO»

Al llegar a la esquina Adela se desinfla. ¿Cuántas cuadras a la izquierda? Ah, sí, dos. La pusieron nerviosa esos tontos, por eso ahora le cuesta ubicarse. Esta calle se llama Zabala, y su nuevo departamento queda en Ciudad de la Paz. Su madre quiso que lo anotara pero ella dijo «NO HACE FALTA». Además insistió en ir a hacer las compras sola. Ahora no puede perderse, ¡sería un papelón! Es feo estar recién mudada. ¡Y encima esos dos tontos riéndose a sus espaldas! Adela se cala fuerte los anteojos. No le importa NADA. ¡Peor para ellos!

Se está haciendo de noche. Camina apurada las dos cuadras que le faltan y llega a la calle Moldes. Un poco más lejos se ve la plaza poco iluminada y desierta. Antes, en terrenos del ferrocarril, la sorprende el majestuoso puente. Pienso que se parece a la montaña rusa del parque de diversiones. Bueno, se parece *un poco*, con esos fierros anaranjados que forman torres y sostienen el pasadizo hacia el otro lado.

Es tarde. Agitada cruza la calle y entonces lo ve. Él ya la estaba mirando. Es un perrazo amarillo. Si tuviera el pelo limpio parecería dorado. Pero está sucio y es muy flaco. El perrazo la mira temeroso con sus ojos achinados. «Picho», susurra Adela. No quiere asustarlo. «Picho», repite un poco más fuerte. Y el recién bautizado se acerca cauteloso, la olfatea y después le lame la mano. «Cuando compre la carne te voy a dar un poco», promete Adela. Y Picho aúlla despacito

moviendo la cola. Ha entendido. Adela hace chasquear sus dedos para que el perrazo la siga. Él parece estar de acuerdo. Y como ya se ve la puertita y el cartel despintado «ZOI O», la chica enfila directo hacia la carnicería. Entonces pasa una cosa rara. Picho retrocede, ladra, no quiere entrar por nada. Vuelve a llamarlo y el perrazo gime y gruñe. En un santiamén desaparece al doblar la esquina.

Entra por la puerta angosta y se queda absorta mirando el lugar. ¡Qué carnicería extraña! Sólo hay dos pedazos de carne sobre el mostrador de fórmica gris muy sucio. Algunos ganchos cuelgan vacíos. A un costado hay una heladera enorme de tres puertas. Del otro lado una cortina con tiritas metálicas que la corriente de aire balancea. Y nadie que atienda. Golpea las manos, a la vez que un olor fuerte (¿a cerdo?, ¿a podrido?) la obliga a fruncir la nariz. ¿Y si se va? No. ¡Cómo va a volver sin las milanesas! A esta hora, ¿dónde encuentra otra carnicería? Su madre dijo clarito: «Preguntale al portero». Ella hizo casi lo mismo: le preguntó al hijo.

—Buenas. ¿Hay alguien? —casi grita, y la voz le sale ronca. Silencio absoluto. Ya da media vuelta para irse cuando oye la tos. Una tos afónica que parece un graznido. Una débil lamparita ilumina el negocio. Y afuera ya es de noche. Retrocede un poco asustada. Mejor se vuelve a su casa. Un tintineo de metales, una mano peluda y la cortina de colgantes se aparta hada un costado, mostrando el cuerpo voluminoso con un delantal manchado de sangre. Adela apenas puede reprimir el grito. El carnicero tiene una cara larga, ensombrecida por pelos. Cejas que tapan los párpados, de tan, tan gruesas. Pelo largo, más abajo de los hombros y una barba enmarañada. Un ojo celeste la mira fijo, el otro es marrón. Siente que se le entumece la lengua y no puede pronunciar palabra. El carnicero avanza hada el mostrador.

—¿Qué buscás? Vendemos sólo a restaurantes —dice con rudeza.

Adela, muda.

—¿A qué venís? —enojado—. ¿A espiar?

Adela niega con la cabeza. Tiene las piernas acalambradas. ¡No puede caminar! El carnicero se acerca más; casi se inclina sobre el mostrador. Desde abajo, saca un cuchillo largo y le apunta con él.

—Sos nueva en el barrio, ¿no? —y con otro cuchillo chiquito empieza a afilarlo.

Adela asiente. Está temblando.

—Ya que estás acá —dice gritón, impaciente—, pedí de una vez lo que vas a llevar.

Adela mira los dos pedazos de carne. Ahora le parecen más negros con las moscas que zumban alrededor. Señala con el índice el más grande. El carnicero lo pincha con el cuchillo largo.

—¿Tortuguita? —pregunta con voz gruesa.

Adela se estremece. ¡Pobre tortuguita! ¡Pobre ella! No importa, le dará el pedazo a Picho. Tiene que escapar de allí. El hombre envuelve la carne en una hoja de diario arrugada, corta un pedazo del extremo, garabatea unos números y le extiende el paquete.

—Acá tenés la cuenta —brama furioso.

Adela busca el billete en su bolsillo y... Un bulto oscuro surge del aire, roza su cabeza y cae en cuatro patas sobre el mostrador de fórmica. Adela pega un grito. Agarrada al paquete retrocede mirando con horror la boca abierta, llena de dientes, amenazante, del gato...

—¡Satanás! —ruge el carnicero y amenaza al animal con el cuchillo recién afilado.

Adela escapa, corre, vuela por la calle solitaria. Sin mirar hacia la plaza, sin ver el puente, sin notar que Picho, el perro amarillo, la sigue un trecho largo. Y después se queda atrás, mirando, ya sin esperanzas, cómo ella se aleja con el paquete envuelto en diario.

Ciudad de la Paz. Su casa. Ya está a salvo en el ascensor. Antes de apretar el botón número uno, siente las risitas, los forcejeos en la escalera. Y una sospecha enorme la llena de

rabia. Esos dos tontos la mandaron ahí a *propósito*. Tiene que planear algo pronto... para vengarse.





### 3

## DETECTIVES

Son las nueve. El sol se esconde de a ratos entre las nubes.

En la casona de la esquina, Mauro, rubio, pálido, de ojos casi transparentes, mira distraído por la ventana de su cuarto. En un cantero del jardín, dos gorriones se disputan las migas de un pedazo de pan. Como todas las mañanas, Ceferina, la cocinera les ha dejado su comida del día.

Hoy Mauro tuvo que faltar al colegio porque durante toda la noche no paró de toser y toser. Y ahora se entretiene mirando a los pajaritos que luchan por devorar su alimento. ¡Qué aburrido es estar encerrado en el cuarto durante todo el día! «Los tíos son buenos pero se preocupan demasiado», piensa Mauro. Y no les dice nada, para no preocuparlos más. ¡Qué rabia no poder salir! Hasta los gorriones volaron y el cielo sigue nublado. De repente los ve, Fernando y Diego salen juntos del edificio de enfrente, cruzan la calle y le hacen señas desde la vereda.

Sin hacer caso de la tos, Mauro abre la ventana de par en par.

—¡Hola! —grita asomado—. ¿Qué hacen? Entren, así charlamos.

Diego le tira un alfajor de regalo, que Mauro ataja en el aire.

—Es de dulce de leche, porque el de chocolate saca granos —se burla.

—¿Por qué no salís vos? —invita Fernando mostrándole el skate.

Mauro suspira con gesto resignado.

—No puedo. Tosí toda la noche. Por eso falté al colegio. ¡Dale! ¡Entren ustedes!

Diego es el primero en decidirse, da un empujón a Fernando en señal de asentimiento y los dos destraban la puerta de madera, entran al jardín y después dan un brinco a través de la ventana abierta.

En el cuarto de Mauro hay de todo. Computadora, videocasetera, jueguitos electrónicos tirados que él ya no usa, una radio con grabador y montones de cassettes. En un escritorio de madera se apilan lapiceras, lápices y marcadores gruesos y finos de todos los colores. Arriba de la cama marinera, hay una biblioteca de pared a pared llena de revistas y libros de misterio. Mauro devora esas novelitas en las que pasa de todo, y siempre cosas peligrosísimas. Fernando elige su revista de historietas favorita y se despa-tarra en la cama para hojearla a gusto. Mientras tanto, Diego y Mauro se zambullen en una discusión.

—Te digo que es una anteojudá sabelotodo —le informa resentido Diego—. ¡Cómo me hubiera gustado estar en la carnicería sin que me vean!

—Sin embargo, un día te propuse ir... a investigar, y no quisiste.

—Ese día..., ah, ya me acuerdo, tenía prueba —protesta Diego poniéndose colorado.

—¡Qué vas a tener! ¡Miedo tenías! Para mí que ese carnicero... no vende carne de vaca.

Diego lo mira burlón.

—¡Y qué! Puede vender carne de cerdo, pollo...

Mauro lo interrumpe impaciente.

—Quiero decir, que ahí pasa algo raro. ¿Por qué atiende sólo a restaurantes?

Fernando deja la revista y se interesa.

—¿Vos qué sospechás?